

La historia, la literatura. La historia cultural: apuntes para unas prácticas en torno a la narratología historiográfica

History, literature. Cultural history: notes for practices around historiographic narratology

Jaime Peire

Universidad Nacional Tres de Febrero

Cita sugerida: Peire, Jaime. (2024) La historia, la literatura. La historia cultural: apuntes para unas prácticas en torno a la narratología historiográfica; Hablemos de Historia, Año 2, N° 3, Universidad Autónoma de Entre Ríos: Paraná.

Resumen

Este trabajo se propone reflexionar sobre algunos aspectos de la relación entre Historia y Literatura enfatizando el enfoque de Hayden White sobre esa relación, considerando algunas de sus afirmaciones sobre ella y haciendo una apreciación crítica de algunas de sus aristas. Estas reflexiones nacieron de un encuentro, realizado en la Universidad Nacional de Tres de Febrero en 2011, en el que el propio White estuvo presente y que fue editado poco más tarde (Tozzi y Lavagnino, 2012). En la misma línea se propone explicitar un intercambio de impresiones por mail que siguió a este encuentro entre el historiador norteamericano y el autor del presente artículo. Finalmente se integrarán –aunque de forma breve– algunos aspectos de la evolución de la relación entre Literatura e Historia, desde el llamado “giro lingüístico” y desde el construccionismo social, hasta la historia de las emociones.

En este estudio se encuentra el cruce de lo historiográfico con lo testimonial; no sólo por la mención a una conversación personal con Hayden White (a partir de ahora H.W.) y la exposición y respuesta a este autor, sino porque se ha preferido para discurrir y hacer discurrir (del latín, correr de un lado a otro) un tono personal del que me disculpo de antemano y ruego la empatía del lector. He preferido en esta especie de cavilación o reflexión personal usar la primera persona del singular porque esta consideración sobre la relación entre Historia y Literatura interpela a mi carrera como un todo (1984-2024); me interpela a mí y esto quizás no sólo me sirve a mí mismo: puede que sirva a alguien que lea estas (realmente) modestas líneas.

Palabras claves: Historia cultural-giro lingüístico-Hayden White.

Abstract

This paper aims to reflect on some aspects of the relationship between History and Literature emphasizing Hayden White's approach to this relationship, considering some of his statements about it and making a critical appreciation of some of its edges. These reflections were born from a meeting, held at the Universidad Nacional de Tres de Febrero in 2011, in which White himself was present and which was published shortly after (Tozzi & Lavagnino, 2012). In the same perspective, it is proposed to make explicit an exchange of impressions via email that followed this meeting between the American historian and the author of this article. Finally, some aspects of the evolution of the relationship between Literature and History will be integrated, albeit briefly, from the so-called "linguistic turn" and from social constructionism, to the history of emotions.

In this study we find the intersection between the historiographical and the testimonial; not only because of the mention of a personal conversation with Hayden White (H.W.) and the exposition and response to this author, but also because it has been preferred to think and make flow (from Latin, run from one side to the other) a personal tone for which I apologize in advance and ask for the reader's empathy. I have preferred in this kind of personal thought or reflection to use the first person singular because this consideration of the relationship between History and Literature challenges my career as a whole (1984-2024); It challenges me and this perhaps does not only serves myself: it may serve someone who reads these (really) modest lines.

Keywords: Cultural history-linguistic turn-Hayden White.

Historia de los dinosaurios

Hace ya mucho tiempo, cuando era un estudiante de historia, entendía que la única forma de hacerla “científicamente” era la teoría del ascensor. En el piso de abajo estaban los aspectos económicos. Tomar para arriba el ascensor era ir de las causas hacia los efectos y viceversa. Conocer los condicionamientos económicos era lo que hacía posible un discurso histórico sólido pues era el piso causal de todo discurso histórico científico. También aprendí que para expresarlo correctamente debía utilizar la estadística y los cuadros. Ese era el hecho y la evacuación de la evidencia en que descansaba la demostración.

Con el paso del tiempo y de la producción historiográfica, este presupuesto de trabajo devino en la historia social. Hay un diálogo, profundo entre la sociedad y sus clases sociales (porque en ese momento la expresión “clases sociales” era incontestable y vertebraba el discurso histórico); o entre la sociedad consigo misma que genera la dinámica social. Siempre se necesita un espejo donde mirarse; y esta dinámica (de la conversación, en espejo o no) puede ser confrontativa o no: esa ha sido la pragmática con que he tratado de hacer historia social. Todo era certeza de que si uno hacía los deberes, el mundo mejoraría porque habría una explicación razonable y eficiente de las cosas y eso posicionaría a los actores y agentes hacia un mejoramiento del mundo. Al mismo tiempo yo tenía una misión y un compromiso con la sociedad como historiador que era leer el pasado correctamente –con esas coordenadas- y comunicarlo en el registro que me tocara.

Más tarde descubrí otras ciencias de la ciencia (Epistemologías) Otras formas admitidas de construir ciencia: la hermenéutica –heredera de la fenomenología- que había producido un giro, el giro *hermenéutico*. Yo debía aprender que estaba en un círculo hermenéutico y de esa forma darme cuenta que no era posible tener el “ojo de Dios” (aunque podía intentarlo) sino más bien medir la incidencia de mi punto de vista en mi producción historiográfica.

El mundo había entrado en la crisis del petróleo y las ciencias de la cultura dejaron de creer en la economía como *factotum* de la vida y de las ciencias históricas, porque la fe en la economía como el *deus ex machina* de las explicaciones y de las narraciones se había perdido. Y la fe en las grandes narraciones le siguió. George Duby y Michel Vovelle –dos historiadores emblemáticos en los años setenta y ochenta del siglo XX- se volvieron menos economicistas y más culturales porque –según ellos mismos- no habían podido demostrar en sus investigaciones que la economía podía articular una historia total.

El descubrimiento de la hermenéutica pronto se mezcló con otras corrientes que me cambiaron para siempre. La primer consecuencia fue darme cuenta que el len-

guaje era fundamental para validar mi construcción historiográfica, porque era una construcción social por un lado, y porque muchas veces producía lo que significaba. En ese sentido la evidencia estaba en el lenguaje en su responsividad, es decir en su capacidad de contener el mundo social. Pero además, para poder valerme de esta responsividad debía aprender a realizar una semántica histórica pues esta no era tan transparente como lo había pensado: no reflejaba las cosas como en un espejo. Ya para ese entonces admitía implícitamente algo que me llegó de pleno más tarde: el construccionismo. Todo el mundo de la vida era de alguna manera una construcción, aunque esta fuera en definitiva una fabricación con materiales recibidos: o precisamente por ello.

Mi relato equivale a decir que cuando estaba estudiando el *giro hermenéutico* me impactó de lleno el giro lingüístico. Si bien venía ensayándolo desde un tiempo, hubo un momento en que advertí que “todo” estaba en el lenguaje: después tomé un poco de distancia, claro. Pero ese impacto se produjo por otras lecturas más allá de las lecturas de los historiadores que lo practicaban de manera más o menos plena. La primera versión me llegó por vía de la *Begriffsgeschichte* (historia de los conceptos) vía Reinhart Koselleck (1997). Después otros muchos historiadores: Roger Chartier, Peter Burke, Francois Dosse, Pierre Rosenvallon, y la historia cultural. Más tarde y en el ámbito nacional, directamente del estudio de los dispositivos discursivos y los juegos del lenguaje: Noemí Goldman, Elías Palti, Jorge Myers, y tantos otros. De pronto el *giro lingüístico* estaba en todas partes.

Pero hubo un costado más sutil y profundo que me había preparado para esta recepción gozosa en ese momento: las lecturas filosóficas que desde siempre había hecho aunque de manera desordenada como corresponde a un modesto historiador: fue un salto del *giro hermeneútico* (Ricoeur, 2004) hacia el lenguaje en la versión de Hans George Gadamer. (Gadamer 1993). A partir de allí, leer a la Escuela de Cambridge y su versión del giro lingüístico (texto en el contexto) y los historiadores que seguían sus lineamientos, era cuestión de tiempo.

Comenzar a incorporarlo en la práctica historiográfica fue relativamente sencillo: todo texto no puede no captar responsivamente un contexto de manera más o menos inclusiva. La cuestión era registrarlo y ponderar esa relación correctamente por medio de una metodología responsable. Esa metodología reponsable fue la *semántica histórica* de Koselleck. En la semántica están los (sutiles muchas veces) desplazamientos del lenguaje y sus significados que remitían a tramas de significados expresados (o que expresaban, según se guste) a través de determinados sistemas simbólicos (Geertz) o una “acumulación de sentidos” (Ludmer).

Una palabra sobre Clifford Geertz: la profundidad y el impacto de su lectura en las

ciencias humanas y sociales fue enorme. Más aún después de la publicación del libro de Roger Chartier *El mundo como representación* que pretendía tomar la posta del Programa de Annales, pero esta vez basado en la representación. Chartier toma el concepto de mundo y de cultura geertziano diríase que inevitablemente. (Godoy y Laboranti, 2005, p. 13). Sus disputas con Peter Burke no hicieron sino entusiasmar al lector y ponerlo a pensar en la historia cultural en paralelo con el *giro lingüístico*.

Si la palabra mágica en las ponencias de los congresos de los '80 fue "estrategias"; en los noventa resultó ser "representación" o "representaciones" aludiendo a un fenómeno inscripto en algo colectivo o social que inventaba mundos: y esa fábrica de mundos –construcción de significados a través de los sistemas simbólicos– fue la columna vertebral de la historia cultural que se desplegó en los noventa (Geertz, 2002, p. 187).

Giro lingüístico e imaginarios

En consonancia comencé a sentir el pactado de corrientes filosóficas que quitaban importancia a "la" verdad como yo inocentemente la conocía: buscaba "la verdad histórica", al menos era lo que me habían enseñado desde niño. Pero la verdad también era algo construido y en construcción, y construido socialmente. Me refiero al *construccionismo* social en pleno, tal como lo habían definido paradigmáticamente Luckmann y Berger (1979) y que contrastaba con las enseñanzas aprendidas. En particular fue profunda la influencia de Hayden White, aunque probablemente no en todos los términos que sus escritos expresaban. Pero el historiador –en verdad– de alguna manera ficcionaba: jugaba con la ficción y "la" verdad metafísica en el orden teórico la verdad abstracta, en fin, no entraba allí. En mi práctica ya lo venía haciendo en el estudio de los imaginarios a principios de la década del 80.

De hecho debo haber sido uno de los primeros en Argentina en dirigir un Seminario sobre "El imaginario" (1988). Poco más tarde otro seminario mío se titulaba: *La historia del imaginario y el imaginario en la historia*. El subtítulo de un libro que yo había escrito también hacía referencia al "imaginario". Muchas evidencias que allí recogía –en realidad las que considero más importantes– eran metáforas y juegos del lenguaje que nos conducen –pensaba– hacia las representaciones colectivas. De allí no tuve más remedio que deslizarme hacia "los" imaginarios. (Castoriadis 1975, Baczko, 1991, Wunenburger 2008).¹ Los imaginarios permitían un juego más plástico sobre las acciones que las (viejas) representaciones durkheimianas según las entendía yo en mi propio taller historiográfico.

En síntesis me parece que lo importante era que me estaba deslizando epistemológicamente hacia un plano donde "la" verdad no era tan importante como *lo veraz*,

1 Cito esta vez según orden de lectura deliberadamente.

lo verosímil y lo posible. Las cosas no se dividían en verdaderas y falsas, ni interesaba tampoco ésa perspectiva: ni en la ciencia humanística ni en la historia. Paralelamente recibía influencias desde la filosofía que alentaban esos puntos de vista, desde la crítica a una ciencia construida desde una razón presuntamente plena, que había fallado en explicar las “razones” del mundo y las “causas” de la historia.

La influencia de H.W. sobre mi producción historiográfica se produjo en dos planos: por un lado en el plano de cómo era producida y debía ser producida la narración historiográfica: es decir, entender definitivamente que toda historia es una producción narrativa -o dentro de algún aspecto narrativo- que se construye. Y que debía entrenarme en esa construcción. Porque no era lo mismo -en mi interpretación- decir que la historia era una construcción que decir que la historia se ajusta a un relativismo sin responsabilidad. Mi compromiso con la sociedad seguía siendo éticamente fuerte. Pero este había cambiado de naturaleza.

Por otro lado, en el objeto mismo de estudio: los imaginarios sociales. La “verdad” a estudiar se tornaba plástica. No importaba tanto lo fáctico como lo posible. Entendería mi objeto de estudio no tanto cuando entendiera “hechos” -esto ya era muy viejo- como cuando entendiera lo que era posible en determinado momento y el sentido que esa posibilidad tenía en el mundo de la vida. Eso *también* era un hecho, un acontecimiento, aunque esto siempre fuera apoyado y avalado por fuentes.

De esta manera mi producción se desplazó hacia el estudio de los sentimientos, (los sentimientos patrióticos) con un *corpus* documental central basado fundamentalmente -aunque no sólo- en piezas de lírica y teatro, infiltrando esquemas psicoanalíticos como el narcisismo, una visión que ya se había insinuado en el libro anterior. Los sentimientos están, son producto de, y al mismo tiempo construyen imaginarios que son el “lugar” donde están plantados los actos poéticos primarios de construcción de sentido: he ahí una declaración plenamente radicada en el centro de la historia cultural.

Historia, literatura: Hayden White **Una crítica de Hayden White**

Pienso en definitiva que la influencia de Hayden White ha sido decisiva en el curso de mi producción, aunque esta no fuera importante ni especialmente representativa pero sí común a muchos historiadores de mi generación. Sin embargo tengo que enfatizar que esa influencia no ha sido de ninguna manera acrítica. Para expresar sólo algunas de mis objeciones, diré que no me parecen adecuadas las polarizaciones que White va planteando a lo largo de sus trabajos. En algunos aspectos me resultan reductivas de la tarea del historiador. Destacaré algunos aspectos que considero importantes.

En primer lugar, no encuentro ni útil ni verosímil la separación tan tajante que hace H.W. entre “los hechos” o “acontecimientos”, y el estilo narrativo, o la organización de tropos o prefiguraciones y sus combinaciones, originadas en impulsos emotivos. No niego que H.W. tiene su parte de verdad: aunque el archivo también lo construye, el hecho ya es una construcción en sí. Pero tan sólo el lugar que ocupa un documento en un archivo puede influir decisivamente en su constitución como un hecho -y no un mero acontecimiento- en el discurso historiográfico.

Respecto a la emotividad fundante del relato, no estoy de acuerdo con H.W. en que la forma del relato tiene una fundamentación emotiva, sin dejar de reconocer que hay una parte importante de verdad. Hay un nexo emotivo entre los hechos y el relato que se construye, sin embargo a mayor capacidad crítica de los historiadores, mejor calidad de la historia. Tomemos un ejemplo: algunos historiadores dicen refiriéndose a la “nación” argentina que es un concepto no esencial, olvidando la existencia de un consenso hegemónico previo. Paradoja que condena al olvido y casi a la comicidad por falta de pertinencia las declaraciones, del terrorista de estado Gral. Menéndez sobre las intervenciones de la Junta militar: sus actuaciones fueron producidas para defender “el ser nacional” (¿cuál ser nacional?; ¿cómo se recortan los actores que lo “defendían”? Son algunas de las muchas preguntas que podrían hacerse).

Ahí se ve la distancia que hay entre alguien incapaz de establecer una diferencia entre su vida interior y los hechos exteriores. Es análogo a la distancia crítica que el historiador lucha por mantener con sus fuentes, como el psicoanalista con sus pacientes. En esto me parece bastante oportuno citar el análisis de Dominick LaCapra (2006) sobre el Holocausto. La misma situación puede decirse del patriotismo argentino. No tiene nada que ver el patriotismo del siglo XIX que estudio, con el actual. Y no lo estudio para verterlo directa y linealmente de un modo narrativo sobre el patriotismo actual. No es así como funciona la explicación histórica.

Otro ejemplo con el que estoy parcialmente en acuerdo y desacuerdo (porque a veces H.W. parece vacilar o contradecirse) es con la basculación que muestra acerca de la percepción de los hechos pasados: ¿son una narrativa coherente o parcial y analítica? Yo diría que hoy por hoy, el historiador que predomina es el analítico-problemático. Lo que se observa -como me pasa a mí con el tránsito de la razón barroca a la ilustrada que desemboca en la Revolución- son sistemas simbólicos que se cargan y descargan de sentido sin una linealidad, ni un “progreso”.

Los revolucionarios franceses pensaban que estaban haciendo la revolución que los ingleses hicieron un siglo antes, y los rusos pensaban que lo hacían después de los franceses aunque en realidad esos hechos pasados tenían una autonomía que los

excedía. Creo que ya nadie plantea una linealidad revolucionaria, por el contrario una línea no demasiado coherente, apenas inteligible, pero importante; crucial de alguna manera (Chartier, 2003).

Un tema que habría que visitar desde el ángulo de las emociones es el de los símbolos: no es que el pensamiento sea o no, siempre simbólico en su origen y expresión: es que esta proposición olvida la carga emotiva que puede connotar el símbolo. Que -de todas maneras- puede ir cambiando según su recepción... Me parece que es más cierto que el símbolo es plástico a una realidad que le excede que la afirmación contraria. Hay una carga de significado que se ve en la semántica.

Cuando se alude a la patria barroca rioplatense, no es la misma carga de significado, que cuando se alude a la patria ilustrada: la primera es vertical, viene de arriba, es dada, es venerada de manera religiosa e integra verticalmente los aspectos materiales a los espirituales aunque puede hacer también en sentido contrario con el mismo resultado. No hay una especificidad para cada uno de estos aspectos. La patria ilustrada en cambio arranca de abajo, se construye; es material, horizontal, “querida” de manera sentimental. Son dos sensibilidades opuestas. La patria de la independencia también será distinta.

La del gaucho también será diferente:

*“Yo conozco a esos puebleros/
que mueven el entrevero/
son unos hijos de puta/
ladrones que meten miedo”.*

“Cielito del Blandengue retirado” Anónimo
La poesía política introducción de Angel Rama (:261)

Y es musical: exige una competencia para la danza (del cielito) y tiene una *performance*, provoca reacciones en los oyentes. Tiene una llegada fácil y un amplio alcance. Eso no quiere decir que la fuente sea la Biblia. Está claro que aquellos h.d.p. a los que se refiere la composición, nada tienen que ver con los h.d.p. que muchos ven ahora. Hay que ver el panorama completo con miles de fuentes más. La narración historiográfica final es el resultado de una compulsión de fuentes. No le creemos a las fuentes. Más bien las extorsionamos entre sí para que nos den un resultado más confiable.

Pero para todo esto hay que tomar distancia de ellas. La que se pueda, la que la experiencia del historiador, finalmente arrojado a esa situación y con esas habilidades y conocimientos, le permita. Pero el resultado es mucho más confuso de lo que

cualquier narrativista sostiene – ya sea concebido al modo de Paul Ricoeur, o al de David Carr o al de Hayden White, ya sea optimista o no-. Por eso me parece que lo que Hayden White llama “narración modernista”, es en el discurso historiográfico el único camino, en realidad de un discurso historiográfico responsable.²

Esta distancia que el historiador debe realizar en su praxis frente a las fuentes, hace que otras épocas que no sean modernas estén más cerca de una explicación “modernista” de lo que Hayden White piensa, en mi opinión. Es decir que, si bien es verdad que no es lo mismo narrar la shoah, o el terrorismo de Estado en Argentina que los patriotismos “argentinos” entre 1810 y 1820, en todos los casos hay que ser capaz de tomar una distancia crítica que evite que la fuente se nos imponga de manera emotiva, o por el contrario utilizar esa emoción para obtener una empatía con la fuente, pero evitando que ella maneje la situación. Esta distancia lleva a una crítica profunda que hace que las explicaciones narrativas lineales parezcan hoy impracticables.

Claro que esto es una empresa imposible en última instancia: pero no imposible en su totalidad. Tenemos herramientas para ello. De hecho el historiador –si tiene un mínimo de sensibilidad y un de experiencia en el manejo de las fuentes- cambia de opinión muchas veces: no sólo es envuelto y se desenvuelve mediante tropos es decir figuras o formas literarias de las que ninguna narrativa escapa como afirma H.W.: tiene también referencias externas (los documentos) que lo hacen cambiar los argumentos, aún sabiendo que el referente no es la verdad: ya que sólo se le atribuye un significado, un lugar en la trama del discurso. Pero muchas veces éstos nos hacen cambiar los argumentos y también, las posiciones. En el discurso del historiador responsable las fuentes constituyen un factor epistemológicamente relevante y singular dentro de las ciencias sociales. Aún así es inevitable como señala H.W. pensar y hablar desde un lugar, es decir no es posible –como afirma Geertz- hacer una descripción de la realidad no evaluativa.³ Es imposible no tener una ideología en el sentido laxo de la expresión.

Es una opinión, pero estoy de acuerdo con los que dicen que no hubo “una” revolución de la Independencia, sino *revoluciones*, que no hay “una” historia, sino historias. Y que el único modo de contarlas no es por medio de una narrativa con un discurso lineal y progresivo, en torno a una idea de progreso, regreso, génesis y despliegue sino enfatizando los cambios, no siempre coherentes. Me parece que más bien hay que explicar cambios de sentido o de significado, de percepción, y que un buen modo de intentarlo es acudir a la literatura, como lo señala H.W. buceando en ella los cambios semánticos, estudiando al mismo tiempo el contexto. En los textos

2 Es decir, una narración exclusivamente lineal como la que leemos por ejemplo en un best-seller.

3 Es decir, toda descripción o narración es un resumen que exige una selección y evaluación anterior que se hace desde un lugar.

literarios, como han señalado coincidentemente H.W. y Dominick LaCapra, el contexto no es algo externo sino inscripto en ellos de una manera muy particular y fértil para el historiador.

De aquí parte una historia que no siempre se atiene a una argumentación coherente que busca no sólo una historia objetiva, ni caprichosamente subjetiva tampoco, sino percepciones donde los usos de los objetos simbólicos muestran significados inscriptos en una pluralidad de grupos que son el sujeto de una acción que a veces tienen tiempos y espacios diferentes. En este sentido el mundo y el discurso historiográfico se ha hecho para mí, más complicado de lo que H.W. piensa. Hay un trabajo de contenido (diré parafraseando a Michel De Certeau pero cambiándolo) que está inventando formas de narración nuevas, o reconociendo narración en donde antes no la había.

Hay diversos modos de narrar, como nos dice H.W. La poesía, por ejemplo, es uno de ellos. Una receta de cocina puede ser una buena narrativa si se la utiliza adecuadamente. Pero personalmente desconfío, y entiendo que H.W. también, cuando critica a Ricoeur, y a las grandes narrativas aunque yo desconfío más. En eso consiste mi compromiso profesional –no personal- con la política.

Al contrario de H.W, me parece que se puede distinguir entre una narrativa mejor o peor de un pasado. No hay “un tipo” de narración genérica mejor que la otra. Sólo hay narraciones más o menos adecuadas al tipo de objeto particular que se narra y al empleo correcto de las fuentes. Pero para eso hay que bajar a embarrarse con ellas. Hay que conocerlas, escucharlas, ponderarlas. Volver a escuchar a otras fuentes y nuevamente ponderarlas. Sólo así se construye el objeto, casi siempre distinto del que se fue a buscar: y formulándose lo que se ha transformado dentro de uno. Un proceso que no es exclusivo de la soledad del gabinete del historiador: son los colegas, las discusiones, e incluso los alumnos con sus intervenciones a veces lúcidas, a veces no tanto, las que operan estas transformaciones.

Por otra parte, y en buena medida gracias a H.W., lo que hoy interesa ya no es la “verdad”. Los historiadores sabemos que la verdad sobre el pasado no es un dato dado, Solo tenemos sus representaciones. Aunque hubiera existido ya no podemos recuperarla. En cambio nuestra tarea es construir esa verdad y hoy –me parece- el mejor modo de hacerlo es comprender la inteligibilidad –en realidad “inteligibilidades”- del mundo que los actores tenían.

Quiero destacar cuál era el sentido de las cosas y cómo ese sentido fue cambiando. No sólo la inteligibilidad que antes diríamos “subjetiva”, sino la que llamamos “objetiva”. Que por supuesto flota en el aire: en el lenguaje que flota y va cambiando. Hay que tener un oído fino para escuchar su semántica y su tono, el mismo que es

objeto de luchas y que se va desplazando muchas veces aparentemente sin razón. Pero casi siempre con sentido.

Se entiende entonces porque en los libros el nombre de H.W. suele estar cerca, tanto de “giro lingüístico”, como de “historia cultural”. Lo que es inteligible es lo que tiene sentido, y eso no es un hecho al modo clásico historiográfico. Su régimen de verdad “histórico” se parece al de ficción. Es plástico. Stendhal, Flaubert, Balzac, France, o Zola o Dickens (pero también Auster, Coetzee, Saramago o Borges, Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, etc.) -para nombrar algunos casos paradigmáticos- entendían muy bien los problemas psicológicos y sociales que generaban el adulterio en el momento, la comprensión del burgués acerca del mundo, o el deseo de poder de determinada persona y su incidencia en la dinámica social; o la injusticia social, el conflicto entre sectores sociales, los problemas de la religiosidad popular y de las élites.

Pero nuevamente los historiadores tenemos algo más que papeles. Ellos no tenían ni la distancia, ni la artillería teórica, ni el entrenamiento en una compulsión de fuentes a veces contradictoria a la que asistimos los historiadores. Ellos creían a sus fuentes: estudiaban y les creían; mientras que nosotros, no. Ellos se acercaban a sus fuentes y se dejaban empapar por ellas, nosotros no. Manejamos la transferencia que ellas nos hacen con una contratransferencia adecuada. Ellos creían que decían la verdad (aunque lo importante fuera lo estético). Nosotros sabemos que no. Ellos al construir su trama se amparaban en la ficción y en la estética para decir las verdades que consideraban que era necesario declarar. Ese era su compromiso con la sociedad, nosotros no podemos simplemente fabricar una trama totalmente ficcional sin múltiples referentes, sin perder el compromiso con la comunidad, y aún quedarnos sin nuestro almuerzo.

Ellos, finalmente, tenían una artillería teórica que si bien probablemente tenía que ver con la “verdad”, no era una “verdad” *histórica*: no estaba en el pasado, en general. Ellos no tenían el problema de preguntarse si las representaciones que tenían eran verdad o no; nosotros nos interrogamos todo el tiempo. Las fuentes nos lo ponen delante de las narices tan a menudo como las consultemos, aunque esto no nos deba conducir a la “enfermedad de archivo”. A ellos no les importaba demasiado la perspectiva del cambio histórico. Para nosotros es central. Para el escritor de ficción no es tan esencial penetrar en los procesos por los que se llegó hasta allí. Para el historiador puede ser crucial, o a veces, el centro de su pesquisa.

Para ellos la evidencia era la sociedad que tenían delante, y su sensibilidad privilegiada. Nosotros tenemos miles de evidencias que, aunque seleccionadas según determinados criterios más bien pragmáticos pero siempre buscando la compulsión,

nos llevan a una experiencia, ya no tan prefigurada. A una experiencia en la que interviene tanto la experiencia que tenemos como historiadores frente a las fuentes, como las representaciones encaminadas hacia el tema que investigamos. Claro que nada de lo que decimos es apodíctico. Pero, con todo, después de realizar una operación historiográfica clausurada y clausurable, es probable que sepamos más y no menos del tema que antes, y abramos el juego para otras investigaciones, pues nada en la historia está clausurado ni es clausurable.

Pero que historia y ficción están cerca -sin embargo- es hoy, evidente. Que el régimen de verdad de la historia se acerque al de ficción, no implica -a pesar de ello- que la historia pierda su estatuto epistemológico propio. No hay sólo dos paradigmas de la verdad, el de la correspondencia y el de la coherencia. De hecho creo que la revolución de H.W. -a partir de la cual ya no se puede volver atrás- ha provocado que los historiadores avancen en la búsqueda de un estatuto propio, dentro de ciertas zonas compartidas con la literatura. Y ése avance debe perfeccionar la narratología histórica o narratologías históricas que apunten a concepciones de lo que es una narración histórica, en parte compartidas con la literatura, en parte autónomas de ella.

Post-dictum

Posteriormente al Encuentro de 2011 Hayden White y yo seguimos en contacto un tiempo. Le envié mi ponencia y él la leyó atentamente: respondió a ciertas observaciones mías, reflexionó sobre otras y abrió varios interrogantes. Lo que sigue es el fruto de la conversación con este Autor y una respuesta que nunca pude darle hasta que falleciera -lamentablemente- hace un tiempo. Vaya pues un homenaje póstumo a él (aunque estuviéramos en desacuerdo en algunas cosas) en esta respuesta a nuestro (amable) intercambio y la especificidad del presente artículo.

Claramente la respuesta de H.W. estuvo dividida en tres segmentos:⁴

Primer segmento:

Después de agradecer mi intervención y mis ideas H.W. dice que no tiene nada que decir de ellas ni de cómo están dichas. Pero me recuerda -de una manera modesta- que *Metahistoria* había sido escrita hace cuarenta años (ahora cincuenta). Y que especialmente “algunos tópicos como el constructivismo, la distinción evento-hecho la naturaleza de la representación del pasado y así siguiendo han sido modificados” por el paso del tiempo y los estudios como es lógico. *Metahistoria* -afirma- fue escrito a fines de los sesenta y principio de los setenta en el seno de un estructuralismo presuntuoso en el que nadie cree ya. Y que casi ninguno de los pocos historiadores que “se molestaron” en leerlo en su momento estuvo de acuerdo con él.

4 Cuando cite entre comillas la traducción es mía.

A lo que respondo que coincido pero que ese estructuralismo sigue siendo sostenido por algunos académicos en Argentina de una manera u otra. Y que el constructivismo lo es desde luego por muchos historiadores que no han salido de ese paradigma todavía y no saben –además– que lo están sosteniendo o no tienen o no conocen alternativas u opciones. De manera que algunas cosas de *Metahistoria* –y de esos tópicos que nombra– todavía son apropiadas y circulan en ámbitos académicos en Argentina y en otros países también. Sin embargo yo no lo condenaría en bloque porque algunas de sus propuestas señeras cambiaron el rumbo de la narratología historiográfica para siempre.

Segundo segmento:

El segundo segmento defiende dos puntos: que yo arguyo que sus afirmaciones son reductivas de la tarea del historiador porque “polarizan”. En definitiva –expresa– “Yo quería escribir una historia de la escritura histórica (historiografía) del siglo XIX, para lo cual, necesitaba por encima de todo una teoría de la escritura, y usé como fuentes primarias lo que los historiadores del siglo XIX habían escrito (subrayado en el original), y que había planeado elegir para tratar la historiografía como un discurso más que como una disciplina científica. Es preciso –afirma– ser reductivo para construir modelos manejables de las cosas y poder argumentar. A lo que respondo: que me parece bien lo que quiso hacer pero que no respondió a mis objeciones específicas en el texto.”⁵

Tercer segmento:

El tercer segmento es propositivo. H.W. encuentra algunas de mis afirmaciones interesantes y pregunta especialmente acerca de una. Luego de discutir y concordar conmigo en que no hay “un” modelo más adecuado para la narración (histórica) expresa: “No estoy seguro de lo que usted entiende por standard de ‘inteligibilidad’”, en relación con la narrativa del pasado. Ahí es donde el intercambio se detuvo ya que en el correo de respuesta le dije que lo pensaría porque no sabía con precisión qué era semejante cosa... y sigo sin saberlo en realidad. Pero la provocación de H.W. me obligó a pensar y es lo que expongo en el tercer segmento de una manera que –aunque modesta– trato de sistematizar.

En realidad habría que hablar de estándares de inteligibilidad y de inteligibilidades. Existen en el relato del historiador varias inteligibilidades o niveles de inteligibilidad. La primera es la del “hecho” en sí mismo. Por ejemplo en un expediente judicial se denuncia una agresión o un robo. El robo en sí mismo posee un estándar de inteligibilidad (Más adelante explicaré la noción de estándar). Establece una inteligibilidad:

⁵ Para ver una crítica a Hayden White desde el punto de vista de la razón teórica –mis observaciones son desde el punto de vista de la razón práctica, Cfr. Rusen, 1995, pp. 213-214. El problema –adelanto– es polarizar tanto entre la factualidad y la ficción.

ya pasó y hay que tratar de comprenderlo según sus reglas. La fuente constituiría un segundo nivel de inteligibilidad: lo que un actor o varios actores dicen sobre lo que sucedió, por ejemplo, los testigos o los imputados, o el que acusa, etc. Los hechos no hablan por sí solos: alguien debe narrarlos: pero su inteligibilidad suele ser otra (por ejemplo, si el que habla lo hace veinte años después o ha memorizado su discurso).

Hay un tercer nivel que es el del narrador o del historiador: él mismo tiene su nivel de inteligibilidad, un tercero. A él le llegan los “hechos” y tiende a entenderlos según el imaginario en donde está sumergido. Pero si se trata de un profesional hay un tema: está entrenado para no fusionarse con el hecho de la misma manera que el psicoanalista recibe una transferencia pero está entrenado para realizar una contra-transferencia que le permita tomar distancia y ser todo lo neutral que sea posible. No constituye –ni mucho menos- un desafío a la pasión por la historia: el historiador se apasiona por los hechos pasado aunque trata de mantenerse lo más neutral posible. Totalmente neutral es imposible y un dilema también.

Estamos entonces ante un cuarto nivel de inteligibilidad: el de un profesional que, munido de una artillería teórica y metodológica, utiliza para comprender lo que sucedió. Salvo en el primer nivel en los demás se construye una narración; un relato sobre lo que sucedió en donde “realidad” y “ficción” se mezclan en diferentes medidas y con diferentes formas como he tratado de argumentar en este trabajo. Pero esos niveles responderían –atención al potencial- a estándares, esos estándares sirven para el taller del que escribe la narración. ¿Cómo se puede formalizar el imaginario de cada nivel de inteligibilidad, cómo se puede estandarizar? Aquí es donde tomo la propuesta de Jean Jacques Wunenburger que propone sistematizar estos cuatro elementos fundantes: actor, sujeto, espacio y tiempo.

Estos niveles o estándares de inteligibilidad tienen que ver también –y pienso que es pertinente decirlo- con estándares de verosimilitud.⁶ Cada nivel tiene una inteligibilidad y se puede predicar de él una verosimilitud. El narrador tiene que tener este tema en cuenta para escribir un relato –por lo menos desde el punto de vista historiográfico- profesional. Pero la literatura tampoco está libre de estos estándares si instala su narración en el pasado y pretende seriedad. Tal los relatos –para dar un ejemplo paradigmático- de Marguerite Yourcenar. A veces para un historiador un buen relato literario, uno de esta calidad, es un auxilio del que –hoy por hoy- no puede prescindir en mi opinión.

Finalmente, las emociones

Hay una parte de la respuesta a Hayden White que merece una breve digresión. La historia de las emociones –que desde hace unos años intento hacer- tiene dos aspectos

6 Peire (2020).

tos que interesan a este trabajo. En primer lugar sobre todo en la primera fase del *giro afectivo*, las ciencias sociales se alejaron -según este Giro- del constructivismo social: tal la propuesta -entre otros- de William Reddy para citar alguien del campo de la Historia que la practica. (Reddy, 2009; Peire 2020).

Las emociones y los sentimientos -que no resultan lo mismo (Rodríguez Valls 2015)- son autoteleológicos y -en buena medida- no representacionales: su estudio después del *giro afectivo* representa un cambio de paradigma sobre el conocimiento y su recuperación en cuanto que (aunque son modulados por la sociedad que les hace de contexto -eso está fuera de discusión- (Arregui, 2003): el circuito emocional impulso-reacción no se propone un fin colectivo, según las etapas más radicales de este giro; después vendrá una reconciliación pero el giro en sí mismo se aleja del construccionismo social. Quiero decir con esto que el saber disponible a la hora de hacer algo no es tanto -al menos tanto como creíamos- una cuestión de representaciones cuanto de emociones.

En el caso que me ocupa estudio las patrias configuradas por las emociones que existieron entre 1770 y 1830. Ahora bien ¿dónde puedo encontrar las emociones y los sentimientos que construyeron esas distintas patrias? (por ejemplo la ilustrada, la revolucionaria, la realista, la criollista rural de lo que después llamamos “gauchos”): en la lírica y la dramática culta y “popular”, lo pongo con comillas porque esta última era elaborada por letrados de la ciudad aunque quedara capturada -como dicen algunos de sus estudiosos (Ludmer 1988, Schvartzmann, 2013 -por esa voz a la que le da expresión.

La poesía y el teatro del período ha sido poco estudiado; ha quedado en parte sepultado por el movimiento romántico que fabricó la nación Argentina olvidando la patria que le precedía. Ese es el *corpus* documental principal del trabajo aunque ese corpus esté también sostenido por arbotantes como la prensa del período, correspondencia oficial y personal, secreta, y un amplio abanico de fuentes recolectadas en archivos nacionales e internacionales.

Tener como corpus central del estudio la lírica y dramática del período estudiado no significa volcar a la realidad histórica lo que dicen los personajes en esas obras, sino ponderarlo según la responsividad del discurso para señalar la captura, la percepción, de una realidad que delinea un círculo o contorno identitario -o varios- en esas obras y al mismo tiempo muestra verosímelmente haber sido capturada por el discurso supuestamente ficticio (Arfuch, 2002, pp. 64-68).

Hay un caso que es muy gráfico para mostrar lo cerca (y quizás hasta la copia) entre literatura e historia. Un ejemplo de la verosimilitud que podemos encontrar en la lírica y la dramática está en la pieza de Ambrosio Morante *Defensa y triunfo del*

Tucumán, de 1821, compuesta como elegía a la muerte de Manuel Belgrano. El autor pone en boca de Belgrano la respuesta a la intimación realista antes de la batalla:

Que si osado /
 con la desventaja nuestra /
 sus proyectos temerarios /
 pretende formalizar, /
 se prepare al resultado /
 de los funestos consiguientes /
 por la infracción al sagrado /
 derecho que las naciones /
 menos cultas, venerando /
 están en todos los pueblos. (...) /
 Sus flameantes estallos /
 serán el terrible impulso /
 para que mis esforzados /
 campeones hagan cenizas /
 a los siervos de Fernando. /
 Y entonces serán sus ruinas /
 el más indeleble fasto /
 que de nuestra libertad /
 el estandarte elevando /
 patentizen [sic] la energía /
 del miserable puñado /
 que se llamarán /
 sepulcros de los Tiranos.

(Morante, 1926, pp. 119-120).

Pero cuando uno revuelve en los archivos parece, sin embargo, que esa respuesta fue dada por Eustaquio Díaz Vélez a Pío Tristán en una carta que dice:

“(...) y sólo serán sus ruinas el cuadro en que se eleve el estandarte de nuestra libertad: puede V.S. incendiar como promete las casas del Pueblo; pero esta infracción de los más sagrados derechos de los Pueblos le será a V.S. eternamente sensible sin respeto a todos los que hasta aquí han venerado las naciones menos cultas.” (Carta de Eustaquio Díaz Vélez a Pío Tristán, Tucumán, 24 de septiembre de 1812, Archivo General de Indias, Diversos 2).

El parecido entre los dos textos es notable si no es que Morante lo copió, pero esto muestra cómo Literatura e Historia están cerca hoy pero también ayer: el Auditorio que escuchaba esta pieza dramática en el Teatro de Buenos Aires en el medio de la “Anarquía” -más allá de la exactitud histórica del término que es irrelevante aquí- se emocionaba con una patria. Y eso es un hecho que el historiador de las emociones no debiera dejar de estudiar.

Conclusión

En definitiva, para concluir una de los méritos más remarcables de la narratología historiográfica reciente en la relación de la Literatura con la Historia ha sido desnudar la dimensión poética de la historia. Después de este avance -en el que H.W. ha tenido un papel importante- los historiadores estamos obligados a admitir (y pudimos comprender) que por más fuentes que tengamos no tenemos el pasado: sólo algunas representaciones de él... apenas. Y que por tanto lo construimos en alguna medida. No al pasado, sino la Historia, claro. Y que la dimensión poética de nuestra labor es más importante de lo que creíamos. Y que por lo tanto la relación entre Historia y Literatura como propone Ankersmit, es “quiástica”, es decir que “los componentes de la narrativa histórica son verdaderos, pero al mismo tiempo la historiografía contiene un elemento de ficción”, no sólo porque el historiador debe ficcionar, sino porque la relación entre lenguaje y realidad no se ajusta al modelo de correspondencia: ni del lenguaje, ni del pasado, con el que mantiene una relación cuyo estatuto sin duda está en tránsito -para expresarlo en palabras de LaCapra (2006), o al menos en discusión. Verdad y ficción están mezclados y el producto es un relato veraz/verosímil... en temas historiográficos aunque hay “hechos” traumáticos que -naturalmente- que no pueden (ni deben) ser negados ni soslayados pero no estoy hablando de ellos aquí.

Si cuando comencé, mis maestros me enseñaron que el camino de hacer la historia conducían a certezas que fácilmente podían ser volcadas -cuando la dictadura se terminara- al progreso social, hoy me parece que escribir historia, aún en el medio de la explosión del entusiasmo “post” -o precisamente a causa, de él- se ha vuelto como caminar en la oscuridad: ya que no hay certeza, sino un mundo de sombras donde esta certeza -no hablemos ya de la verdad o hablemos de ella en términos pragmáticos- proviene del propio trabajo porque “la” verdad (y con ella el relato acerca de ella) ha estallado: y no está allí para buscarla, hay que producirla con esfuerzo.

Quizás la Historia de las emociones interpele ese problema -la felicidad de la gente, la vuelta a la narración que construya un sentido- y ayude a que los historiadores, los escritores -junto a otros actores de la producción de significado- vuelvan a poner sobre el tapete (también ante el gran público) la real importancia de la Historia y la

Literatura y a reeditar la alianza -fructífera a veces- de estos dos pilares junto a la antropología como lo fue en los años noventa. Mirando también otros campos. Algunos clásicos como la sociología y otros no tanto como la filosofía. Cualquiera fuera el escenario el historiador debe mirar una y otra vez a sus fuentes y reflexionar sobre ellas y después de hacer una compulsa de ellas para narrar historias que sirvan.

Bibliografía

- Arfuch, L. (2002), "Dialogismo", en Altamirano, C. (ed.). *Términos críticos de la sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós, pp. 64-68.
- Arregui, J. V. (2003). "La configuración cultural de la afectividad", en Choza, J. (ed.), *Sentimientos y comportamiento*. Murcia: Universidad Católica de San Antonio, pp. 41-76.
- Baczko, B. (1991). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1979). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Castoriadis, C. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets.
- Gadamer, H. G. (1997). *Mito y razón*. Barcelona: Paidós.
- Geertz, C. (2002). *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos*. Barcelona-Buenos Aires: Paidós.
- Godoy, C. y Laboranti, M. I. (2005). *Historia & Ficción*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario Editora.
- Koselleck, R. y Gadamer, H. G. (1997). *Historia y hermenéutica*. Barcelona: Paidós.
- LaCapra, D. (2006). *Historia en tránsito. Experiencia, identidad y teoría crítica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Ludmer, J. (1988). *El género gauchesco: un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Perfil.
- Peire, J. (2020), "Emociones y sentimientos patrióticos (1767-1828). Esbozo para un estudio de los patriotismos en el Río de la Plata", *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 20 (1).
- Reedy, W. (2009), "Historical Research on the Self and Emotions", *Emotion Review*, 1(4), pp. 302-315.
- Ricoeur, P. (2003). *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez Valls, F. (2015). *El sujeto emocional. La función de las emociones en la vida humana*. Sevilla: Thémata.
- Russen, J. (1995), "Debate on papers 1,2, and 3 of section 2", en Vázquez de Prada, V. e Olá-

barri, I. (eds.). *Understanding social change in the nineties, Theoretical approaches and historiographical perspectives.* Gran Bretaña: Biddles Ltd, Guildford and King's Lynn, p. 213.

Schvartzmann, J. (2013). *Letras gauchas.* Buenos Aires: Eterna cadencia.

Tozzi, V. y Lavagnino, N. (comps.). (2012). *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía.* Sáenz Peña: Eduntref.